

El rescate de una artista superdotada

Una biografía sobre Carmen Amaya rinde homenaje a una bailaora internacional ninguneada por el franquismo

ÁNXEL GROVE

artrend@20minutos.es / twitter: @20m

20 minutos

Carmen Amaya, la bailaora más deslumbrante de la historia –o eso opinan los expertos–, murió hace 50 años (el día exacto se conmemora el 19 de noviembre) en Begur, el pueblo de Girona en el que había buscado refugio cuando la salud empezó a faltarle y el cansancio ya era mucho. Tenía 46 años y había empezado a taconear a los seis sobre el barro de las callejas que tuvo que abandonar al estallar la Guerra Civil. Lejos de España se convirtió en una superestrella. Aquí, donde el poder nunca le perdonó la huida, fue ninguneada.

La editorial Libros del Silencio edita ahora una versión ampliada de la edición original de 1999 de *Carmen Amaya 1963*. *Taranta*. Agosto. Luto. *Ausencia*, un volumen que quiere ser «un homenaje tan necesario como sentido» de la artista. La obra, con textos de Ana María Moix, es también una crónica visual de la bailaora y reúne las fotos que le hicieron los reporteros Colita y Julio Ubiña, que también pueden verse en la exposición *Carmen Amaya 1963*. *Fotografías de Colita i Julio Ubiña* que acoge el Palau de la Virreina de Barcelona hasta el próximo 7 de julio.



Una estrella poco materialista

Logró que Charlie Chaplin llorase, que Greta Garbo dijera que era «el arte» y que el presidente Roosevelt la invitara a actuar en la Casa Blanca. Como la bailaora se había negado a cobrar, el mandatario le regaló una chaquetilla de corte bolearo con incrustaciones de oro y brillantes. Carmen Amaya pidió allí mismo unas tijeras y lo despedazó en treinta jirones: uno para cada músico, palmero, cantaor y bailarín de su compañía.

Nacida en una barraca del Somorrostro, uno de los barrios más miserables de Barcelona, Carmen recibió de niña el apodo de *la Capitana* por sus modales fogosos. Aunque con el tiempo Amaya diría que aprendió a bailar «del movimiento de las olas del mar» (imagen que robó de las me-

morias de Isadora Duncan), lo cierto es que la pequeña dio sus primeros pasos en la cercana playa de la Barceloneta, un vertedero de la burguesía de la capital que servía de patio para los gitanos del barrio.

Bregada en tablaos de las zonas más canallas de Barcelona, la Capitana se convirtió, escribe Moix, en una «bailaora atípica», femenina en el trato pero masculina en su estampa. «Por eso actúa con pantalón, para exhibir como es debido y al detalle su genio inimitable para el zapateado», asegura en el libro la autora.

Amaya cimentó su leyenda entre 1936 y 1940 en América Latina. Luego llegó EE UU. Y así se convirtió en la primera artista flamenca de alcance planetario. Pero en España la seguían condenando al ostracismo. Solo unos días antes de su muerte, cuando la noticia de su letal enfermedad renal ya había aparecido en los diarios de medio mundo (que también habían despachado enviados especiales a la masía de Girona), el Gobierno de Franco envió a un representante con una distinción honorífica que acrecentaba el insulto de un abandono que había durado 30 años.



Diversas fotos incluidas en la reedición de *Carmen Amaya 1963*. *Taranta*. Agosto. Luto. *Ausencia*, de la editorial Libros del Silencio. LIBROS DEL SILENCIO

